





# JUGABAN CON SERPIENTES

*Colección Micra*



Francisco Solano

# Jugaban con serpientes

editorial  minúscula  
BARCELONA

© 2016 Francisco Solano

© 2016 Editorial Minúscula, S. L.  
Sociedad unipersonal  
Av. República Argentina, 163  
08023 Barcelona  
minuscula@editorialminuscula.com  
www.editorialminuscula.com

Primera edición: noviembre de 2016

Diseño gráfico: Pepe Far  
Imagen de la cubierta: © Pepe Far

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona  
Impresión: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-945348-4-3  
Depósito legal: B-23.093-2016

*Printed in Spain*

*Lo más terrible en el amor es  
que se trata de un crimen  
en el que no podemos prescindir  
de un cómplice.*

CHARLES BAUDELAIRE





# I

Si no supiera que la voluntad es una derivación de la obediencia, no escribiría sobre Santiago Aguado. Y no es que lo haga porque le conocí, sino precisamente por lo contrario. Apenas le traté. Tuve con él dos breves encuentros y le vi en pocas ocasiones. Pero con esas furtivas estampas —saliendo de la notaría, atravesando un paso de cebra—, su imagen se fue depositando en mi memoria, no a la manera de una recurrente figura urbana, sino formando parte de un mismo territorio moral. Confío en que la expresión no sea complaciente. Nunca le vi en compañía de nadie; tan invariable resultaba la ausencia de interlocutor que cedí a la conjetura de considerarla una intencionada elipsis. Debo suponer que la calle tenía para Aguado algo de ensoñación y

posibilidad. Ni siquiera su mujer tenía derecho a perturbarlo en sus incursiones callejeras. Ella le exigía, al menos, estar a su lado a la entrada del edificio —teatro, restaurante, museo—, y así no se sentía completamente al margen de su pensamiento. Una desatención humillante, ya que Aguado salía de casa dejando a su mujer preparándose para salir, todavía en el baño o decidiendo el vestido que iba a ponerse, y después se encontraban, como conocidos que coincidían en un acto social, y se comportaban con inusitada credibilidad, intercambiando cortesías de reencuentro, preguntándole ella por las incidencias de la jornada, o él alabándole los pendientes o el radiante aspecto que le daba la blusa de sa-tén malva que, en ese momento, no recordaba haberle regalado.

Adelanto que esta información matrimonial la he obtenido de boca de su mujer, Cristina Ramos. Estas páginas, aunque pretenden enmarcarse en la crónica, lleva-

rán incrustadas suposiciones y efectos de la imaginación, inevitables para rellenar los numerosos huecos de una vida que, como la de cualquiera, es más bien enigmática, a la que se agrega la aversión de servir de materia narrativa. Así que también hay que revelar, cuanto antes, la violencia del narrador al afrontar la resistencia de Aguado a ser sujeto de inspiración. ¿Bajo qué tolerancia, conociendo ese rechazo, se puede escribir sobre Aguado, sin sentirse inoportuno? No hay ninguna ley que condene esta vergüenza, y en cambio sí que hay constancia de que escribir, además de una forma de emplazar una concatenación imprevista, es una objeción al silencio, habitualmente cómplice de la autoridad. Alguien dijo que se escribe contra las ofensas de la vida. Es un pretexto lícito, pero demasiado turbio; también podría legitimar un crimen. Claro que la escritura nace en la inscripción sobre la piedra, y por tanto es una certificación de muerte. De ahí que siempre me haya sor-

prendido la animadversión lírica a los notarios: un surrealista quería asustar a un notario con un lirio cortado. Sospecho que ese poeta veía, en la facultad del notario de «dar fe», una competencia que lo disminuía. Esto explica, tal vez, la escasa similitud entre un despacho de notaría y el cuarto de los espíritus donde trabaja un escritor. Pero esta estética de leyenda pertenece a la época en que aún no habíamos sido todos asimilados por el prestigio del éxito y la reclamación social. Ahora, si alguien no quiere ser visto, él mismo se cubre de anonimato. Así que puedo concluir este párrafo afirmando que mi propósito de escribir sobre Santiago Aguado carece de legitimación, pero a nadie se le concede ese derecho y hay que saber equivocarse. Algunas ballenas se extravían y quedan varadas en la playa.

Santiago Aguado trabaja en una notaría, y nunca ha tenido problemas de dinero. El notario certifica bienes y contratos y

se le otorga la presunción de verdad, mientras que un escritor —si no ha sido sometido por el comercio— se revuelve contra la convención con procedimientos no siempre adecuados o comprensibles, y depende de la gestión que haga de su persona. Hoy a los libros no se los juzga por sí mismos, y quienes deberían certificar su propuesta (los críticos o los derivados del fomento del espíritu) están desacreditados. De modo que, para mantener su resonancia, el autor debe moverse con habilidad para no reintegrarse al silencio, sumándose al fracaso.

Aguado empezó a intrigarme justamente cuando me enteré de su reprobación de la biografía. No creo que llegara a elaborar una teoría al respecto; probablemente se trataba de una práctica instintiva. En la determinación de pasar inadvertido había una actitud beligerante que indignaba a su mujer. Se resignaba, como ya he dicho, a comparecer en público, en lugares cubiertos y cerrados, del brazo de su mujer, pero Cris-

tina me confesó que nunca, en esas ocasiones, se sentía agregada a su cuerpo y que él no la hacía partícipe de la emoción que le suscitaba —en caso de que le suscitara alguna emoción— la pieza de teatro que veían juntos o la conferencia sobre jardines romanos a la que asistían por el empeño de Cristina en no olvidar su licenciatura en Historia del Arte. Para decirlo con cierta brutalidad, Aguado se comportaba, en compañía de su mujer, como un fardo que ella debía trasladar para no parecer una viuda reciente. Ya se puede deducir que el matrimonio, por tanto, era insatisfactorio. Como curiosidad diré que, sin que nadie se lo hubiera aconsejado, el responsable de distribuir los asientos —en el restaurante en que, en primavera y Navidad, la notaría organizaba comidas de celebración— sabía que debía colocarlos lo más lejos posible el uno del otro. No obstante, no era Aguado quien provocaba la necesidad de separarlos, sino la cara de ofuscación de Cristina com-

portándose, al lado de su marido, con una impericia verbal tan lastimosa que anonadaba a quienes la escuchaban. Alejada de su marido, su conducta era gratamente chispeante, y alentaba un encanto que emergía a impulsos de la conversación. De Cristina quedaba después, en los que la trataban, la impresión ordinaria de que la condición de esposa había sepultado a la mujer, y de que fuera de la órbita matrimonial recuperaba su floración.

El caso es que nada puedo oponer a esa «impresión ordinaria». Comprendía que no quisiera perder las dispensas de su condición social, pero me ofendía la avasalladora influencia que Aguado ejercía sobre ella. Y me ofendía, especialmente, porque no lograba vincular ese sometimiento con el odio. Cristina odiaba a su marido, lo odiaba con una tenacidad que se abastecía con su recuerdo. ¡Cuántas veces la vi resentida, exhausta, desgavillada, lamentándose del día en que conoció a Santiago! Sin em-

bargo volvía a su lado, quiero decir al insolvente espacio matrimonial, a la escasez de maniobra. Llegué a pensar que en ella se imponía el drama por encima de la necesidad de auxilio, y que era fiel a ese drama porque no podía ser otra cosa. Pero podía, claro que podía. Aprovechaba los viajes de Aguado, menos frecuentes de lo que ella deseaba, para convocarme, y en las tardes que pasábamos en un hotel, en las cuatro horas agotadoras de confidencias y reclamos del cuerpo, sucedía un lapso radiante en que su marido se esfumaba. Una caída en la redención, de la que ella no obstante recelaba, como si no se reconociera o se sintiera impulsada hacia un escenario demolido que la convertía en espectadora de su propia ruina.

Por oposición al desafecto de Aguado, pero no tanto por discrepancia, yo me mostraba con Cristina más meridiano y receptivo de lo que entonces era habitual en mí; me resistía a descubrir, en lo que consi-



deraba una relación discontinua y dócilmente morbosa, alguna veta de amor que me implicara en la permanencia; por tanto, excluía los sentimientos de amparo, la ternura y las exaltaciones del corazón; y casi conseguí, en el primer año, reducir la imantación de Cristina a la atracción por las convulsiones de su cuerpo, que suprimía al animal desdichado. La conformación del placer, sin embargo, crea adicción, o querencia, y la repetición de los encuentros hizo brotar, de la bella morfología, una implicación de índole más difusa en la que, además de una provisión de espasmos y aberraciones, Cristina también inspiraba mi pensamiento. O sea que, sin quererme implicar, a partir del segundo año ya no podía dejar de pensar en ella; y, si bien se había tratado de una pausada invasión, lo cierto es que me sentí gobernado por la puntualidad de su recuerdo; y una tarde de verano, en un paseo distraído, delante de un escaparate tuve el impulso suicida, que me

costó reprimir, de regalarle un vestido. Digo suicida no por exceso retórico, sino porque, si lo hacía, a sus ojos dejaría de ser un alivio de su monotonía y podía creer que yo quería reemplazar a su marido. No me lo podía permitir; ahí se trazaba el límite de mi tolerancia. Yo me conformaba con ser *el otro*.

Fui *el otro* con Cristina, y con Amelia, y con Viviana, y con... La enumeración sería equívoca y tormentosa; basta declarar que no me faltaba experiencia en ser relegado, y al cabo me adiestré en escabullirme cuando el matrimonio renovaba su confianza; antes de que el nuevo régimen exigiera la supresión del amante (sospechado, pero no confirmado). Mi sacrificio contribuía, pues, a la estabilidad, y ninguna mujer me lo agradeció. Cumplía una misión delictiva, pendiente de una cancelación anunciada; pero no puedo negar que, al descomponerse la dirección de mi deseo, no podía evitar la sensación de haber sido útil, no a la fatal adhesión del corazón de una

mujer, sino al acatamiento de un pacto económico; durante dos semanas, o tal vez tres, yo era un cuerpo abolido y desorientado. La tarde en que, asaltado por el recuerdo de Cristina, sentí aquel ímpetu de derroche (un vestido no es un *detalle*), caí en la cuenta de mi debilidad, y empecé a temer el momento de la cancelación.

Durante el año siguiente, hasta el accidente de Aguado, los encuentros en el hotel de la calle de Alcalá Galiano estuvieron marcados por la amenaza de que cada ocasión debía ser la última. Reservaba la habitación y registraba su número como si este tuviera algún significado, y al dirigirme al hotel leía signos de acabamiento en los objetos: un árbol seco, una botella vacía en un parterre, un autobús que desalojaba a los viajeros, una paloma muerta. Sin embargo, al oír en la puerta el golpeteo de uñas de Cristina, esas imágenes se evaporaban con el calor de sus manos, y solo cuando, tras la desnudez compartida, volvía otra vez a mí,

a la detestable identidad, recuperaba el propósito de romper la relación. Cristina debía intuir el peligro, pues, desligándose del dulce letargo, se levantaba acuciada por la prisa, temerosa de mi satisfacción, y restablecía su decencia dejándome tumbado en la cama. No oía cerrarse la puerta, y en la habitación se instalaba una tristeza incomprensible que me transfería a un tiempo no fechado. Así que, también con sus defectos, Cristina favorecía el asombro: esa soledad era más pródiga en sensaciones que el impudor de los cuerpos.

Los encuentros, por lo demás, eran tan espaciados —cuatro o cinco veces el segundo año— que romper la relación implicaba admitir un vínculo más sentimental de lo que sugería nuestro trato, que se reducía a las transacciones corporales con algunos quejumbrosos monólogos de Cristina, más bien de índole teatral, aunque con un fondo presuntamente verdadero que ya he mencionado. No podía insertar, en me-

dio de su lamentación, la noticia de la ruptura sin despertar su cólera, y aún menos en el arrobo de los cuerpos; tenía que hacerlo, por tanto, en el momento de la pacificación, cuando hubiéramos cumplido tanto con la elegía como con el placer. Pero era claro que Cristina temía esa expectativa, y yo debía ver, en su apresurada retirada, menos un desplante que una apuesta por la continuidad; que quería seguir viéndome, en suma, aunque no hubiera para ella lugar en mi corazón, como yo no tenía en su vida otra función que procurarle el gusto anacrónico del adulterio.

Cuando se es inteligente a rachas, como me sucede a mí, para clarear el pensamiento necesitamos que alguien nos estimule, y a esa persona le debemos la sagacidad. Nunca sabemos hasta dónde podemos llegar hasta que no nos construyen otros ojos. En los últimos encuentros con Cristina yo ejercía una función que sofocaba su intemperancia y podía calificarse de medicinal.

Esto debía de producirme el malestar de estar siendo manejado; sin embargo, notaba algo atenuante al quedarme solo y veía que mi falta de atrevimiento para romper con Cristina también se nutría de su rechazo a ser abandonada. Al no permitir ella un tiempo reflexivo que contraponer a la clandestinidad, de algún modo fortalecía la relación; aprobaba, por tanto, que nuestro vínculo, en otras circunstancias, pudiera manifestarse sin subterfugios; me vi obligado a pensar que desafiaba mi decisión a la espera de un acontecimiento que propiciara el arraigo. Al caer en la cuenta de esta esperanza, también yo me veía a la espera de otra eventualidad.

Con este vocabulario y la declarada desvergüenza, no es difícil suponer que no hubiera entre Cristina y yo otra sujeción que el instinto que compartíamos. No la había, o no la deseábamos, pero la relación exigía adaptarnos al modelo de los amantes furtivos, y así cedíamos a un comporta-

miento parecido al amor. Los dos éramos conscientes, en esas ocasiones, de nuestra interpretación, pero también de que, al actuar con convicción, algo menos innoble circulaba por debajo de la hipocresía.